

agregar a los anteriores. En los tiempos primitivos de la isla, el hombre se tatuaba íntegras las partes descubiertas de su cuerpo, en cambio, la mujer, apenas se hacía los dibujos totémicos en sus espaldas y el *brazo izquierdo*. Este detalle del lado izquierdo es otro de los conceptos matriarcales universales, según lo analiza KRISHE en su obra sobre esta materia.

Al estudiar, especialmente las creencias religiosas y las prohibiciones, se completará más lo que hemos tratado de esbozar en estas breves palabras. Ahí nos encontraremos con TABÚES que colocan a la mujer—algunas veces—en situaciones privilegiadas con respecto al hombre, como asimismo otras, que la reducen a una semi-esclavitud masculina; pero todas en general, convergen a ilustrarnos sobre el alto valor que tiene el sexo femenino dentro de las actividades, de la economía y de la religión de esta raza milenaria *polinesio-melanésica*.—CARLOS CHARLÍN OJEDA.

FASCISMO ⁽¹⁾.

DOCTRINA.—IDEAS FUNDAMENTALES: Como toda sólida concepción política el fascismo es práctica y es pensamiento, acción a la que es inmanente una doctrina; y doctrina que, surgiendo de un determinado sistema de fuerza histórica queda allí inserta y obra desde adentro.

Tiene, en consecuencia, una forma correlativa a las contingencias de lugar y de tiempo, pero tiene conjuntamente un contenido ideal que la eleva a fórmulas de verdad en la historia superior del pensamiento. No se actúa espiritualmente en el mundo, como voluntad humana dominadora de voluntades, sin un concepto de la realidad pasajera y particular sobre la cual es preciso obrar; y de la realidad permanente y universal en la que la primera tiene su ser y su vida. Para conocer a los hombres se necesita conocer al hombre y para conocer al hombre se necesita conocer la realidad, y sus leyes. No hay concepto del estado que no sea fundamentalmente concepto de la vida, filosofía o intuición, sistema de ideas que se desarrollan en una construcción lógica o se plasma en una visión o en una fe, pero es siempre, por lo menos virtualmente una concepción orgánica del mundo.

Así el fascismo no se entendería en muchas de sus actitudes

(1) Enciclopedia Italiana; volumen XIV, página 847, Traducción de L. D. Cruz O. y C. Pandolfi.

prácticas, como organización de partido, como sistema de educación, como disciplina, si no se le mirase a la luz de su modo general de concebir la vida: modo espiritualista. El mundo para el fascismo no es este mundo material que aparece en la superficie y en el cual el hombre es un individuo separado de todos los demás, permanente por sí y gobernado por una ley natural que lo lleva instintivamente a vivir una vida de placer egoísta y momentáneo. El hombre del fascismo es individuo que es nación y patria, ley moral que une conjuntamente individuos y generaciones en una tradición y en una misión que suprime el instinto de la vida encerrado en el breve campo del placer para instaurar en el deber una vida superior libre de los límites del tiempo y del espacio. Una vida en la que el individuo mediante la abnegación de sí mismo, el sacrificio de sus intereses particulares, y aun con la muerte misma, realiza esa existencia totalmente espiritual en la que está su verdadero valor de hombre.

Por consiguiente, concepción espiritualista nacida ella también de la reacción general del siglo contra el frágil positivismo materialista del ochocientos. Antipositivista, pero positiva; no escéptica, ni agnóstica, ni pesimista, ni pasivamente optimista como son, en general las doctrinas (todas negativas) que ponen el centro de la vida fuera del hombre quién con su libre voluntad puede y debe crearse su mundo. El fascismo quiere al hombre activo y empeñado en la acción con todas sus energías; lo quiere virilmente consciente de las dificultades que se presentan y pronto, a afrontarlas. Concibe la vida como lucha, pensando que corresponde al hombre conquistarse aquella que sea verdaderamente digna de él, creando, ante todo, en sí mismo el instrumento (físico, moral, intelectual), para edificarlo. Así para el individuo en particular, así para la nación, así para la humanidad. De aquí el alto valor de la cultura en todas sus formas (arte, religión, ciencia), y la importancia grandísima de la educación. De aquí también el valor esencial del trabajo con el cual el hombre vence a la naturaleza y crea el mundo humano (económico, político, moral, intelectual).

Esta concepción positiva de la vida es, evidentemente, una concepción ética. Y abarca toda la realidad y aun la actividad humana que la domina. Ninguna acción sustraída al juicio moral, nada, al mundo que se pueda despojar del valor que a todo corresponde en orden a los fines morales; por esto la vida tal como la concibe el fascista es seria, austera, religiosa: toda libre en un mundo sostenido por las fuerzas morales y responsables del espíritu. El fascista desdeña la vida «cómoda».

El fascismo es una concepción religiosa en la que el hombre

es visto en sus relaciones inmanentes con una ley superior, con una voluntad objetiva que trasciende el individuo particular y lo eleva a miembro consciente de una sociedad espiritual. Quien en la política religiosa del régimen fascista se ha limitado a consideraciones de mera oportunidad no ha entendido que el fascismo, a más de ser sistema de gobierno, es también, y, ante todo, un sistema de pensamiento.

El fascismo es una concepción histórica en la cual el hombre no es lo que es sino en función del proceso espiritual a que coopera en el grupo familiar y social, en la nación y en la historia a la que todas las naciones colaboran. De aquí el gran valor de la tradición en los recuerdos, en la lengua, en las costumbres y en las normas de la vida social. Fuera de la historia el hombre no es nada. Por eso el fascismo está contra toda abstracción individualista, de base materialista, tipo siglo XVIII; y está contra todas las utopías e innovaciones jacobinas. El no cree posible la felicidad en la tierra como fué el anhelo de la literatura económica del mil setecientos, y por este motivo rechaza todas las concepciones teológicas para los cuales, en un cierto período de la historia, se llegaría a una sistematización definitiva del género humano. Esto significa colocarse fuera de la historia y de la vida que es un continuo fluir y devenir. El fascismo, políticamente quiere ser una doctrina realista; prácticamente aspira a resolver sólo los problemas que se plantean históricamente por sí y que de sí mismos encuentran propias soluciones. Para actuar entre los hombres, como en la naturaleza, se necesita entrar en el proceso de la realidad y posesionarse de las fuerzas en acción.

Como anti individualista, la concepción fascista es en favor del estado; y es favorable al individuo en cuanto éste coincide con el estado, la conciencia y la voluntad universal del hombre en su existencia histórica. Está contra el liberalismo clásico que surgió de la necesidad de reaccionar contra el absolutismo y que ha agotado su función histórica desde que el estado se ha transformado en la conciencia misma y en la voluntad popular. El liberalismo negaba al estado en interés del individuo particular. El fascismo reafirma el estado como realidad verdadera del individuo. Y si la libertad debe ser el atributo del hombre real, y no de aquel abstracto muñeco en que pensaba el liberalismo individualista, el fascismo está por la libertad. Y por la sola libertad que puede ser una cosa seria, la libertad del estado y del individuo en el estado, puesto que para el fascista todo está en el estado y nada de humano o espiritual existe, y mucho menos tiene valor, fuera del estado. En tal sentido el fascismo es

totalitario y el estado fascista, síntesis y unidad de todo valor, interpreta, desarrolla y vigoriza toda la vida del pueblo.

Ni individuos, ni grupos, partidos políticos, asociaciones y sindicatos fuera del estado. Por esto el fascismo está contra el socialismo que paraliza el movimiento histórico con la lucha de clases e ignora la unidad estatal que funde las clases en una sola realidad económica y moral; y por la misma razón está contra el sindicalismo clasista. Pero dentro de la órbita del estado disciplinador, el fascismo quiere reconocer y hacer valer las reales exigencias que dieron origen al movimiento socialista y sindicalista, en el sistema corporativo de los intereses conciliados en la unidad del estado.

Los individuos forman clases según la categoría de los intereses; y están sindicados según las diferentes actividades económicas cointeressadas, pero son antes que todo y por sobre todo: Estado, el cual no es número como suma de individuos que forman la mayoría de un pueblo. Por esto el fascismo está contra la democracia que establece igualdad entre el pueblo y el mayor número, rebajando a éste al nivel de la mayoría; pero es la forma más pura de la democracia si el pueblo es concebido, como debe serlo cualitativamente y no cuantitativamente; tal idea es más potente, por ser más moral, más coherente y más verdadera; ya que en el pueblo se obra como conciencia y voluntad de unos pocos, y aun de Uno, cuyo ideal tiende a establecerse en la conciencia y la voluntad de todos. Con todo aquello de que según la naturaleza y la historia, étnicamente considerada, procede la razón de ser de la nación se pone en marcha, sobre la misma línea de desarrollo y formación espiritual, una conciencia y voluntad única. Ni raza ni región geográficamente individualizada, sino sólo una multitud claramente demarcada en la historia que se prolonga unificada, por una idea que es voluntad y de existencia y de poderío: conciencia de sí misma, personalidad. Esta personalidad superior es ciertamente nación en cuanto es Estado. No es la nación la que genera el estado según el viejo concepto naturalista que sirvió de base a los tratadistas del estado nacional en el siglo XIX. Por lo contrario, la nación es creada por el estado que da al pueblo, consciente de su propia dignidad moral, una voluntad y por tanto, una efectiva existencia. El derecho de una nación a la independencia deriva no de una literaria e ideal conciencia del propio ser, y mucho menos de una situación de hecho, más o menos inconsciente e inerte sino de una conciencia activa, de una voluntad política en acción, dispuesta a poner de manifiesto su propio derecho: es decir de

una especie de estado ya en proyecto. En efecto el estado como voluntad ética universal es creador del derecho.

La nación como estado es una realidad ética que existe y vive en cuanto se desarrolla; su detención es su muerte. Por esto el estado no sólo es autoridad que gobierna y da forma de ley y valor de vida espiritual a las voluntades individuales, sino que es también potencia que hace valer su voluntad en lo exterior, haciéndola reconocer y respetar, o sea, demostrando con hechos la universalidad en todas las determinaciones necesarias a su desarrollo. En consecuencia es organización y expansión por lo menos virtual. De este modo puede acomodarse a la naturaleza de la voluntad humana que, en su desarrollo, no conoce barreras y que se realiza probando su propia infinitud.

El estado fascista, que es forma la más alta y potente de la personalidad, es fuerza, pero fuerza espiritual, la cual resume todas las formas de la vida moral e intelectual del hombre. Por esto no puede limitarse a simples funciones de orden y tutela como quería el liberalismo. No es un simple mecanismo que limite la esfera de las presuntas libertades individuales. Es forma y norma interior y disciplina de toda la persona; y penetra la voluntad como la inteligencia. Su principio, inspiración céntrica de la personalidad humana, viviente en la comunidad civil, nace de lo más profundo y anida en el corazón del hombre de acción como en el del pensador; en el del artista, como en el del hombre de ciencia: es el alma del alma.

En suma, el fascismo no es solamente hacedor de leyes y fundador de instituciones, sino educador y promotor de vida espiritual. Quiere rehacer, no las formas de la vida humana sino el contenido, el hombre, el carácter, la fe. Y para estos fines quiere disciplina y autoridad que penetren los espíritus y domine allí sin contrapesos. Su enseña, en consecuencia, es el haz del licor, símbolo de la unidad, de la fuerza y de la justicia.

DOCTRINA POLÍTICA Y SOCIAL.—Cuando en el ya lejano Marzo de 1919 por medio de las columnas del «Popolo d'Italia» convoqué en Milán a los sobrevivientes, interventistas—intervenidos que me habían seguido desde la constitución de los «Fascios de acción revolucionaria»—acaecida en Enero de 1915—no había en mi espíritu ningún plan doctrinario determinado. Tengo la experiencia de una sola doctrina vivida; la del socialismo desde 1903-1904 hasta el invierno de 1914, o sea, cerca de diez años. Experiencia de soldado y de jefe, pero no experiencia de doctrina. Mi doctrina aun en aquel período era la doctrina de la acción. Una doctrina única, universalmente aceptada, del socialismo, no existió más después de 1905, cuando comenzó en Ale-

mania el movimiento revisionista que tenía por Jefe a Berstein. Y por lo contrario, se formó en la oscilación de las tendencias un movimiento de izquierda revolucionario, que en Italia no salió nunca de las frases, pero que en el socialismo ruso fué el comienzo del bolcheviquismo. Reformismo, revolucionarismo, centrismo, de toda esta terminología se han extinguido hasta los ecos, mientras que en la gran corriente del fascismo encontraréis las vetas que partieron desde Sorel, Peguy, Lagardelle, del «Movimiento Socialista» y de la legión de los sindicalistas italianos que entre 1904 y entre 1914 pusieron una nota de novedad en el ambiente socialista italiano—debilitado y cloroformizado por la cohabitación giolittiana—con las «Pagine Libere» de Olivetti, «La Lupa» de Orano y el «Divenire Sociale» de Enrique Leone.

En 1919 terminada la guerra, el socialismo estaba muerto como sistema, existía solo como un rencor, tenía todavía una sola posibilidad especialmente en Italia: la represalia contra aquellos que habían querido la guerra y que debían «expiarla». «Il Popolo d'Italia» ostentaba como subtítulo «Diario de los combatientes y de los productores». La palabra «productores» era ya la expresión de una dirección mental. El fascismo no fué amamantado con una doctrina elaborada con anterioridad en un bufete, nacida de la necesidad de acción, fué acción; no fué partido, sino que en los primeros dos años fué ante partido y movimiento. El nombre que dió la organización fijaba sus caracteres. Sin embargo, quién relea en las páginas, ahora desvalorizadas de aquella época, el relato de la reunión constitutiva de los fascios italianos de combate no encontrará una doctrina, sino una serie de esbozos, anticipaciones, bosquejos, que liberados de los inevitables desperdicios de las contingencias, debían después de algunos años, desarrollarse en una serie de posesiones doctrinarias que hacen del fascismo una doctrina especialmente política en comparación con todas las demás pasadas o contemporáneas. «Si la burguesía—decía—cree encontrar en nosotros pararrayos, se engaña. Nosotros debemos ir hacia el Trabajo, queremos habituar a la clase obrera a la capacidad directiva a fin de hacerle comprender que no es fácil hacer progresar una industria o comercio. Combatiremos el reaccionarismo técnico y espiritual. Abierta la sucesión del régimen, no debemos ser de los tímidos. Debemos apresurarnos si el régimen será superado, seremos nosotros los que deberemos ocupar su puesto. El derecho a la sucesión nos corresponde porque empujamos al país a la guerra y lo conducimos a la victoria. La actual representación política no puede bastarnos; queremos una representación

directa de los intereses particulares. Se podría decir contra este programa que se vuelve a las corporaciones. No importa. Quisiera, no obstante, que la asamblea aceptase las reivindicaciones del sindicalismo nacional desde el punto de vista económico.»

¿No es extraordinario que desde la primera jornada de la plaza Santo Sepulcro resuene la palabra «corporación» que debía en el curso de la revolución significar una de las creaciones legislativas y sociales que sirven de base al régimen?

Los años que precedieron a la marcha sobre Roma fueron años durante los cuales la necesidad de acción no permitió investigaciones o completas elaboraciones doctrinarias. Se peleaba en las ciudades y en las aldeas, se discutía y—lo que es más sagrado e importante—se moría. Se sabía morir. La doctrina—ya formada, con división de capítulos y párrafos y aspecto de elucubración—podría faltar; pero había para reemplazarla algo más decisivo: la fe. No obstante quién recuerde la serie de libros, de artículos, de votos de congreso, de discursos mayores y menores; quién sepa indagar y escoger encontrará que los fundamentos de la doctrina fueron echados mientras rugía la batalla. Es precisamente en aquellos años en que el pensamiento fascista se arma, se perfecciona y procede a su propia organización. Los problemas del individuo y del estado; los problemas de la autoridad y de la libertad; los problemas políticos y sociales y aquellos más específicamente nacionales, se consideran en este momento. La lucha contra las doctrinas liberales, democráticas, socialistas, masónicas, populares, fué conducida conjuntamente con las «expediciones punitivas». Mas porque faltó el «sistema» los adversarios de mala fe negaron al fascismo toda capacidad de doctrina mientras la doctrina estaba surgiendo aunque al principio tumultuosamente bajo el aspecto de una negación violenta y dogmática, como ocurre con todas las ideas que comienzan; y después bajo el aspecto positivo de una construcción que encontró sucesivamente en los años 1926-27-28 su realización en las leyes y en las instituciones del régimen.

El fascismo está hoy claramente individualizado no sólo como régimen sino como doctrina. Esta palabra debe interpretarse en el sentido que hoy el fascismo, ejercitando su crítica sobre sí mismo y sobre los otros, tiene su punto de vista propio e inconfundible con relación—y en consecuencia de dirección—a todos los problemas que agobian a los pueblos del mundo en lo material y en lo intelectual.

Ante todo el fascismo, en cuanto mira en general al porvenir y desarrollo de la humanidad, y aparte de toda consideración

de política actual, no cree ni en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua. Rechaza, por lo tanto, el pacifismo que encubre una renuncia a la lucha y una bajeza frente al sacrificio. Sólo la guerra lleva al máximo de tensión todas las energías e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarlos. Todas las demás pruebas son sustitutos que no ponen al hombre frente a sí mismo en la alternativa de la vida y la muerte, una doctrina, por tanto, que parta del postulado nocivo de la paz es extraña al fascismo. Así como son también extrañas al espíritu del fascismo—aunque aceptadas por la utilidad que puedan tener en determinadas situaciones políticas—todas las construcciones internacionalitas y societarias las cuales, como la historia lo comprueba, se pueden dispersar al viento cuando elementos sentimentales, idealistas o prácticos levantan su tempestad en el corazón de los pueblos. El fascismo transporta este espíritu anti-pacifista aun a la vida del individuo. El orgulloso lema de los escuadrones «me ne frego» (no me importa nada) escrito sobre la venda de una herida es un acto de filosofía no solo estoica; es el trasunto de una doctrina no sólo política. Es la educación para el combate y la aceptación de los riesgos que éste lleva consigo; es un nuevo modo de vida italiana. Así el fascista acepta, ama la vida, desconoce y estima vil el suicidio, comprende la vida como deber, elevación y conquista; la vida que debe ser elevada y plena, vivida para sí, pero sobre todo para los demás, vecinos o lejanos, presentes o futuros.

La política, «demográfica» del régimen es la consecuencia de estas premisas. También el fascismo ama, en efecto, a su prójimo, pero este «prójimo» no es para el un concepto vago e intangible; el amor por el prójimo no excluye la necesaria y educadora severidad y mucho menos las diferenciaciones y las distancias. El fascismo rechaza los abrazos universales viviendo en comunidad con los pueblos les mira vigilante y receloso en los ojos, les sigue en sus estados de ánimo y en las transformaciones de sus intereses y no se deja engañar por las apariencias mudables y falaces.

Una semejante concepción de la vida lleva al fascismo a ser la negación absoluta de aquellas doctrinas que constituyeron la base del socialismo llamado científico o marxista: las doctrinas del materialismo histórico según las cuales la historia de las civilizaciones humanas se explicaría solamente con la lucha de intereses entre los diversos grupos sociales y con el cambio de los medios e instrumentos de producción. Nadie niega que las vicisitudes de la economía—descubrimiento de materias primas, nuevos métodos de trabajo, invenciones científicas—tengan una

importancia propia, pero es absurdo que ellas sean suficientes para explicar la historia humana, excluyendo todos los otros factores. El fascismo cree, ahora y siempre, en la santidad y en el heroísmo; esto es en actos en que no obra, de cerca o de lejos, ningún motivo económico. Negado el materialismo histórico, para el cual los hombres no serían sino comparsas de la historia que aparecen y desaparecen en las superficies de las ondas mientras en lo profundo se agitan, y trabajan las verdaderas fuerzas directices, se niega también que la lucha de clases sea inevitable o irreparable como es la natural consecuencia de esta concepción de la historia; y sobre todo se niega, que la lucha de clases sea el agente preponderante de las transformaciones sociales. Herido el socialismo en estos dos importantes basamentos de su doctrina no queda de él, sino la aspiración sentimental—antigua como la humanidad—a una convivencia social en la que se alivien los dolores y sufrimientos de las gentes más humildes. Pero aquí el fascismo rechaza el concepto de «felicidad» económica que se realizaría socialmente, y casi automáticamente, en un momento dado de la evolución económica con solo asegurar a todos el máximo de bienestar; el fascismo niega el concepto materialista de «felicidad» como algo posible y lo deja a los economistas de la primera mitad del siglo XVIII; o sea, niega la ecuación «bienestar=felicidad» que convertiría a los hombres en animales, preocupados sólo de una cosa: de ser nutridos y engordados, reducidos, por tanto, a la pura y simple vida vegetativa.

Después del socialismo, el fascismo bate en brecha todo el complejo de la ideología democrática y las rechaza ya en sus premisas teóricas, ya en sus aplicaciones o estructuras prácticas.

El fascismo niega que el número, por el simple hecho de ser número, pueda dirigir las sociedades humanas. Niega que este número pueda gobernar a través de una consulta periódica. Afirma la desigualdad irremediable, fecunda y benéfica de los hombres que no puede nivelarse a través de un hecho mecánico y extrínseco como es el sufragio universal. Los regímenes democráticos pueden ser definidos como aquellos en que de tanto en tanto se da al pueblo la ilusión de ser soberano, mientras la verdadera y efectiva soberanía está en otras fuerzas a veces irresponsables y secretas. La democracia es un régimen sin rey, pero con muchísimos reyes a veces más exclusivistas, tiránicos y ruinosos que un solo rey tirano. Esto explica por qué el fascismo aun habiendo asumido antes de 1922—por razones de contingencias—una actitud de tendencia republicana, renunció a ella antes de la marcha sobre Roma convencido de que la cuestión

de las formas políticas de un estado no es hoy prominente; y que estudiando el panorama de las monarquías pasadas y presentes y de las repúblicas pasadas y presentes resulta que monarquías y repúblicas no son para que se les considere bajo la especie de eternidad, sino que representan formas en las cuales se manifiesta la evolución política, la historia, la tradición, la psicología de un determinado país. Ahora el fascismo supera la antítesis monarquía-república en la cual se detuvo el democraticismo atribuyendo a la primera toda la insuficiencia y elogiando la última como régimen de perfección. Ahora bien, está visto que existen repúblicas íntimamente reaccionarias o absolutistas y monarquías que acogen las más audaces experiencias políticas y sociales.

«La razón, la ciencia—decía Renan, que tuvo iluminación pre-facista, en una de sus «Meditaciones Filosóficas»—son productos de la humanidad, pero querer la razón directamente por el pueblo y a través del pueblo es una quimera. No es necesario para la existencia de la razón que todo el mundo la conozca. Si tal iniciación debiera hacerse en cada caso, no se haría a través de la baja democracia que parece conducir a la extinción de toda cultura difícil y de toda más elevada disciplina. El principio que la sociedad existe sólo para el bienestar y la libertad de los individuos que la componen no parece estar conforme a los planes de la naturaleza, planes en los que solo la especie es tomada en consideración y el individuo aparece sacrificado. Es de temer mucho que la última palabra de la democracia así entendida (me apresuro a decir que se puede entender también de otra manera) no sea un estado social en el cual una masa degenerada no tenga otras preocupaciones que gozar los placeres innobles del hombre vulgar».

Aquí termina Renan. El fascismo rechaza en la democracia la absurda mentira convencional del igualitarismo político y el hábito de la irresponsabilidad colectiva y el mito de la felicidad y del progreso indefinido. Pero si la democracia puede entenderse de otra manera, esto es, si democracia significa no rechazar al pueblo al margen del estado, el fascismo pudo, por el que esto escribe, ser definido, como una «democracia organizada, centralizada y autoritaria».

Frente a las doctrinas liberales el fascismo está en actitud de absoluta oposición en el campo de la política y de la economía. No es necesario exagerar—con propósitos simplemente de polémica actual—la importancia del liberalismo en el siglo pasado y hacer de aquella que fué una de las numerosas doctrinas florecidas en el siglo, una religión de la humanidad para

todos los tiempos presentes y futuros. El liberalismo no floreció sino por una quincena de años. Nacido en 1830 como reacción contra la Santa Alianza que quería retrotraer la Europa a la época anterior a 1789, tuvo su año de esplendor en 1848 cuando hasta Pío IX fué liberal. Inmediatamente después comenzó la decadencia. Si el año 1848 fué un año de luz y poesía, el 49 fué de tinieblas y tragedias. La República de Roma fué muerta por otra República, la francesa. En el mismo año Marx lanzaba el evangelio de la religión del socialismo en el famoso «Manifiesto de los comunistas». En 1851 Napoleón III da su antiliberal golpe de estado y reina sobre Francia hasta fin de 1870 cuando fué derribado por un motín del pueblo, como consecuencia de una derrota militar, una de las más grandes que cuenta la historia. El victorioso es Bismarck quién no supo nunca donde habitaba la religión de la libertad y de qué profetas se servía. Es sintomático que un pueblo de alta civilización, como el pueblo alemán, haya ignorado completamente por todo el siglo XIX la religión de la libertad. No hay sino un paréntesis representado por lo que ha sido llamado «el ridículo parlamento de Francfort» que duró una estación. Alemania ha alcanzado su unidad nacional fuera del liberalismo, contra el liberalismo, doctrina que parece extraña al alma germánica, alma esencialmente monárquica, mientras que el liberalismo es la antecámara histórica y lógica de la anarquía. Las capas de la unidad alemana son las tres guerras de 1864-66 y 70 guiada por «liberales» como Moltke y Bismarck.

En cuanto a la unidad italiana el liberalismo ha tenido una parte absolutamente inferior a la parte de Mazzini y Garibaldi que no fueron liberales. Sin la intervención del antiliberal Napoleón no habríamos tenido la Lombardía y sin la ayuda del antiliberal Bismarck en Sadowa y en Sedán muy probablemente no habríamos tenido Venecia en 1866 y en 1870 no habríamos entrado a Roma. Desde 1870 a 1915 corre el período en el que los mismos sacerdotes del nuevo credo revelan el crepúsculo de su religión batida ampliamente por el decadentismo en literatura y por el activismo en la práctica. Activismo, esto es: nacionalismo, futurismo, fascismo. El siglo «liberal» después de haber acumulado una infinidad de nudos gordianos busca desatarlos con la hecatombe de la guerra mundial. Nunca religión alguna impuso tamaño sacrificio. ¿Los Dioses del liberalismo tenían sed de sangre? El liberalismo está ahora por cerrar las puertas de sus templos desiertos porque los pueblos sienten que su agnosticismo en la economía, su indiferentismo en la política y en la moral conduciría como ha conducido, a la segura

ruina de los estados. Se explica con esto que todas las experiencias políticas del mundo contemporáneo son antiliberales; y es soberanamente ridículo, por tanto, querer clasificarlas fuera de la historia, como si la historia fuese un coto de caza reservado al liberalismo y a sus profesores, como si el liberalismo fuese la palabra definitiva e insuperable de la civilización.

Las negaciones fascistas del socialismo, de la democracia, del liberalismo no deben sin embargo hacer creer que el fascismo quiera retrotraer al mundo a lo que era antes de aquel 1789 que se ha señalado como el año de apertura del siglo demo-liberal. No se vuelve hacia atrás. La doctrina fascista no ha elegido a su profeta De Maistre. El absolutismo monárquico fué también así, pues así es toda eclesiología. De la misma manera fueron los privilegios feudales y la división en castas impenetrables e incommunicables entre ellas. El concepto de autoridad fascista no tiene nada que ver con el estado de policía. Un partido que gobierna totalitariamente una nación es un hecho nuevo en la historia y respecto de él no son posibles las referencias ni las confrontaciones. De los escombros de las doctrinas liberales, socialistas y democráticas, el fascismo trae aquellos elementos que todavía tienen valor de vida. Mantiene aquellos que se podrían llamar los hechos adquiridos de la historia y rechaza todo el resto; es decir, el concepto de una doctrina buena para todos los tiempos y para todos los pueblos.

Admitido que el siglo XIX haya sido el siglo del socialismo, del liberalismo, de la democracia, no por eso está aceptado también que el siglo XX deba ser el siglo del socialismo, del liberalismo y de la democracia. Las doctrinas políticas pasan y los pueblos quedan. Se puede pensar que éste sea el siglo de la autoridad, un siglo de «derecha», un siglo fascista; si el siglo XIX fué el siglo del individuo (liberalismo significa individualismo) se puede pensar que este sea el siglo «colectivo» y por lo tanto el siglo del estado. Es perfectamente lógico que una nueva doctrina pueda utilizar los elementos todavía vitales de otras doctrinas. Ninguna doctrina nació toda nueva, luciente, y desconocida. Ninguna doctrina puede vanagloriarse de una originalidad absoluta, pues está ligada, aunque no sea sino históricamente, a las otras doctrinas que fueron y a las otras doctrinas que serán. Así el socialismo científico de Marx está ligado al socialismo utópico de los Fourier, de los Owen, de los Saint Simon; así el liberalismo de 1800 se reúne al movimiento iluminístico de 1700; así las doctrinas democráticas están ligadas a la enciclopedia. Toda doctrina tiende a encauzar la actividad de los hombres hacia un objetivo determinado; pero

la actividad de los hombres reacciona a su vez sobre la doctrina y la transforma, la adapta a las nuevas necesidades o las supera. La doctrina, por tanto, debe ser ella misma no un simple ejercicio de palabras sino un acto de vida. De aquí las ramificaciones pragmáticas del fascismo, su voluntad de poderío; su querer ser, su posición frente al hecho «Violencia» y a su valor.

Eje de la doctrina fascista es el concepto del estado, de su esencia, de sus atribuciones, de sus finalidades. Para el fascismo, el estado es un absoluto, ante el cual individuos y grupos son lo relativo. Individuos y grupos son «imaginables» en cuanto están dentro del estado. El estado liberal no dirige el juego y el desarrollo material y espiritual de las colectividades sino que se limita a constatar sus resultados. El estado fascista tiene una concepción propia y una voluntad propia; por esto se llama un estado ético. En 1929 en la primera asamblea quinquenal del régimen yo decía: «para el fascismo, el estado no es el guardia nocturno que se ocupa solamente de la seguridad personal de los ciudadanos; no es tampoco una organización de fines puramente materiales como los de garantizar un cierto bienestar y una relativamente pacífica convivencia social para realizar lo cual bastaría un Consejo de Administración; no es tampoco una creación de política pura sin adherencias a la realidad material y compleja de la vida de los particulares y la de los pueblos. El Estado tal como lo concibe y hace actuar el fascismo es un hecho espiritual y moral ya que concreta la organización política, jurídica y económica de la nación; y tal organización es, en su aparición y en su desarrollo, una manifestación del espíritu. El estado es garantía de seguridad interna y externa, pero es también el guardián y el transmisor del espíritu del pueblo tal como fué en los siglos elaborado en el idioma, en las costumbres, en la fe. El estado no es sólo presente, sino también pasado y sobre todo futuro. El estado trascendiendo el límite breve de las vidas individuales representa la conciencia inmanente de la nación. Las formas en las que los estados se manifiestan cambian, pero las necesidades permanecen. El estado que educa a los ciudadanos en las virtudes cívicas les hace conscientes de su misión y les atrae hacia la unidad y armoniza sus intereses en la justicia; transmite las conquistas del pensamiento en las ciencias, en las artes, en el derecho, en la solidaridad humana; lleva a los hombres de la vida elemental de la tribu a la más alta expresión humana del poderío que es el imperio, confía a los siglos los nombres de aquellos que murieron por su integridad o por obedecer a sus leyes; señala como ejemplo y recomienda a las generaciones venideras a los capitanes que acrecentaron su

territorio y a los genios que lo iluminaron de gloria. Cuando declina el sentido del estado y prevalecen las tendencias disociadoras y centrífugas de los individuos y de los grupos, las sociedades nacionales van hacia el ocaso».

Desde 1929 hasta hoy la evolución económica política universal ha reforzado más estas posiciones doctrinarias, quién sobresale y se agiganta, es el estado; quién puede resolver las dramáticas contradicciones del capitalismo, es el estado. Aquello que se llama crisis no lo puede resolver sino el estado dentro del estado. ¿Dónde están las sombras de los Jules Simon que en los albores del liberalismo proclamaban que «el estado debe trabajar en hacerse inútil y en preparar su dimisión?» ¿Dónde los Mac-Culloch que en la segunda mitad del siglo pasado afirmaban que el estado debe abstenerse de gobernar demasiado? ¿Y qué cosa diría, ahora, frente a las continuas, apremiantes e inevitables intervenciones del estado en las vicisitudes económicas, el inglés Bentham, según el cual la industria habría debido pedir solamente al estado que la dejara en paz, o el alemán Humboldt, según el cual el estado «ocioso» debería ser considerado el mejor?

Verdad es que la segunda generación de los economistas liberales fué menos extremista que la primera y que ya el mismo Smith abría—aunque fuera cautamente—la puerta a las intervenciones del estado en la economía. Si quién dice liberalismo dice individuo; quien dice fascismo, dice estado. Pero el estado fascista es único y es una creación original. No es reaccionario sino revolucionario en cuanto anticipa las soluciones de determinados problemas universales como son los planteados en el campo político por el fraccionamiento de los partidos, por la preponderancia del parlamentarismo, por la irresponsabilidad de las asambleas; en el campo económico, por las funciones sindicales siempre más numerosas y potentes ya en el sector obrero como en el industrial, por sus conflictos y sus desacuerdos; en el campo de la moral por la necesidad del orden, de la disciplina, de la obediencia, a lo que son los dictámenes morales de la patria. El fascismo quiere el estado fuerte, orgánico y al mismo tiempo apoyado en amplia base popular. El estado fascista ha reivindicado también para sí el campo de la economía y a través de las instituciones corporativas, sociales, educacionales, creadas por él, lega al sentido del estado hasta las más insignificantes ramificaciones; y en el estado circulan, encuadradas en las respectivas organizaciones, todas las fuerzas políticas, económicas y espirituales de la nación. Un estado que se apoya sobre millones de individuos que lo reconocen, lo sienten y están prontos

a servirles no es el estado tiránico del señor medioeval; no tiene nada de común con los estados absolutistas anteriores o posteriores a 1789. El individuo no es anulado en el estado fascista más bien es multiplicado como en un regimiento un soldado no es disminuído sino multiplicado por el número de sus camaradas. El estado fascista organiza la nación, pero deja después de los individuos márgenes suficientes; ha limitado las libertades inútiles o nocivas y ha conservado las esenciales. Quién juzga en este terreno no puede ser el individuo, sino solamente el estado.

El estado fascista no permanece indiferente frente al hecho religioso en general ni a aquella particular religión positiva que es el catolicismo italiano. El estado no tiene una etiología, pero tiene una moral. En el estado fascista la religión es considerada como una de las manifestaciones más profundas del espíritu; no es, en consecuencia solamente respetada sino defendida y protegida. El estado fascista no crea un Dios suyo, así como quiso hacerlo Robespierre en un cierto momento, en el delirio máximo de la Convención; ni trata vanamente de suprimirlo en las almas, como hace el bolcheviquismo; el fascismo respeta al Dios de los ascetas, de los Santos, de los héroes, y también el Dios tal como es visto y adorado por el corazón ingenuo y primitivo del pueblo.

El estado fascista es una voluntad de poderío o imperio. La tradición romana es en él una idea de fuerza. En la doctrina fascista el imperio no es solamente una expresión territorial, militar o mercantil, sino espiritual y moral. Se puede pensar en un imperio, esto es, en una nación que directa o indirectamente guía a otras naciones sin necesidad de conquistar ni un solo kilómetro cuadrado de territorio. Para el fascismo, la tendencia al imperio, es decir, a la expansión de las naciones es una manifestación de vitalidad; su contrario, la reclusión «il piede di casa» es un signo de decadencia. Los pueblos que surgen o resurgen son imperia- listas. Los pueblos que mueren son los que renuncian a todo. El fascismo es la doctrina más adecuada para representar las tendencias, los estados de ánimo de un pueblo como el italiano, que resurge después de muchos siglos de abandono y de servidumbre extranjera. Pero el imperio exige disciplina, coordinación de los esfuerzos, deber y sacrificio; esto explica muchos aspectos de la acción práctica del régimen, la dirección de muchas fuerzas del estado y la severidad necesaria contra aquellos que quisieran oponerse a este movimiento espontáneo y fatal de la Italia del siglo XX, y oponerse agitando las ideologías ya superadas del siglo XIX y repudiadas donde quiera que se hagan grandes experiencias de transformaciones políticas y sociales.

Nunca jamás como en este momento los pueblos han tenido sed de autoridad, de dirección, de orden. Si cada siglo ha tenido su doctrina, por mil indicios aparece que el fascismo es la del siglo actual. Que el fascismo es una doctrina de vida lo demuestra el hecho que ha despertado una fe; que la fe ha conquistado las almas lo comprueba el hecho de que el fascismo ha tenido sus caídos y sus mártires.

El fascismo tiene ya en el mundo la universalidad de toda doctrina que realizándose representa un momento en la historia del espíritu humano.— B E N I T O M U S S O L I N I.

SALUTACION A ALFONSO REYES ⁽¹⁾

DENTRO de lo que pudiéramos llamar la naciente cultura latinoamericana, Alfonso Reyes es nuestro Baltazar de Castiglione, es decir el hombre que nos ha enseñado el arte de la meditación y de la más serena y discreta cortesía. Viene de un país bravo donde la tierra con la zahareña verticalidad de sus cactus se yergue para el combate, pero Reyes pertenece a esa escasa minoría de espíritus que sobre la turbia y revuelta edad del instinto quieren crear ya en la América nuestra, una edad de inteligencia. Se revolvió el suelo mexicano, marcharon las masas rurales hacia las ciudades, Villa se alzó en Sonora, Emiliano Zapata en Yucatán; pasaban los charros en desenfrenada cabalgata disparando sus balas y desenvainando sus machetes en tributo a esos dioses terribles que presidían las cosmogonías aztecas, y durante diez años desde las secas praderas del Norte hasta el cenagoso Yucatán, todo México fué altar de sacrificios. Nuestra gente latinoamericana, esta raza que quiere ser, que según el lema magnífico de José Vasconcelos quiere hablar la palabra del espíritu, libraba al sur del río Bravo una verdadera pelea de independencia. El orden porfirista, el orden de la Dictadura en que México vivió durante treinta años se derrumbaba de pronto como un edificio fantasmal. Era un orden de privilegiados y grandes duques, un orden que nos llegaba hasta el alma confusa, entristecida, de un pueblo sediento de símbolos. Y ahora un espectáculo maravilloso en medio del dolor, del desaliento, de la traición inevitables en todo gran drama histórico; el pueblo que despertaba, que quería incorporarse a la nacionalidad, que ape-

(1) Palabras leídas en la Biblioteca Nacional.